

volamente el señor Herbelin;—lejos de mí la intención de rebajar la gloria de tu héroe; veo que no estás encaprichada por él á medias. ¿De modo que pones gran empeño en que un hombre sea valiente?

—¿Y cómo podría pensar de otra manera, con el modelo que tengo ante mis ojos?—respondió Estela, adulando á su padre con la voz y la mirada á un mismo tiempo.—¡Qué quiere usted!... No en balde soy su hija. Si hubiera nacido hombre, sería militar. Es la primera de las profesiones, la única que puede seguirse con orgullo y con pasión. ¿Se concibe que seres dotados de pelos en la cara se dediquen á ser abogados, notarios ó agentes de Bolsa y que encuentren mujeres que quieran casarse con ellos?

Al pronunciar estas últimas palabras con irónico desdén, mostrábase Estela tan radiante de gracia y hermosura, que el coronel sintió comoverse deliciosamente en el fondo de su corazón todas las fibras de la vanidad paternal.

—Un capitán general, únicamente, sería digno de ti; y aun así, sería preciso que fuera joven—dijo el coronel, casi en éxtasis.—Tonayrion será un tunante afortunado. Si estás decidida á unirte

á él, yo no lo impediré; pero, te lo suplico, no precipites los acontecimientos y reflexiona maduramente antes de decir que sí. Por lo que á mí hace, voy á escribir á París: comprenderás que, antes de otorgarte mi consentimiento, conviene que sepa á qué atenerme respecto de él.

—Escriba usted—contestó la señora Caussade con seguridad.—Estoy cierta de que Raul no teme ninguna clase de investigaciones; es hombre que se presenta bien, lo mismo ante sus amigos que ante sus adversarios.

La campana, anunciando el almuerzo, puso fin á esta conversación y el coronel Herbelin, dando el brazo á su hija, bajó con ella al comedor, en donde sus tres huéspedes se hallaban ya congregados.

IV

El balcón.

La charla indiscreta de la señora Ribois había producido sus frutos. Al ver Servian por primera vez á Raul Tonayrion, desde el primer instante le consagró el odio que inspira siempre al

hombre enamorado el rival que cree preferido. Sin embargo, acostumbrado á reprimir sus emociones, se había esforzado por ocultar bajo una cortesía intachable la violenta antipatía que no era dueño de dominar. Por su parte, el elegante y soberbio Tonayrion no había creído que fuese digno de su atención un individuo vestido con sencillez, circunspecto en sus ademanes, modesto en su modo de expresarse y que, para acabar de ser ridículo del todo, había llegado en diligencia.

En lugar de tratarse con la libertad familiar que autoriza la estancia en el campo, ambos rivales, el uno por orgullo y el otro por celos, se mantenían mutuamente reservados cuando el anuncio del almuerzo los reunió en el comedor. Dejando el cuidado de sostener la conversación al joven Félix, que desempeñaba esta misión con la vivacidad propia de su edad, apenas habían cambiado dos ó tres palabras frías y triviales, cuando la llegada de la señora Caussade vino á suscitar nuevos motivos de descontento para el hombre que aspiró á su mano y para la presunción del que la pretendía en aquel momento.

Emplean las mujeres á veces en sus aversiones

tanta vehemencia como en sus ternuras; y se entregan á aquéllas con más franqueza porque los convencionalismos sociales, que consideran el amor como un crimen, no prohíben el odio, con tal de que se muestre ingenioso y bien orientado. Más de una gazmoña se envanece de la antipatía que sus adoradores le inspiran; pero la ira en casos tales no es, á menudo, más que una artimaña del amor propio y un medio digno para contrastar la pasión de que es objeto.

Sin poder ser tachada de gazmoñería, Estela experimentaba irresistibles deseos de hacer expiar á Servian la libertad que se había permitido al aproximarse á ella, desafiando su prohibición. A su entender, el actual encuentro no debía atribuirse á la casualidad, sino que evidentemente estaba premeditado. ¿Qué objeto podía perseguir el amante desdeñado, sino el de emprender una nueva campaña contra el corazón de quien ya le había desairado una vez? Y si tales eran sus intenciones y tales su presunción y su audacia, ¿no merecía que con una pena ejemplar y decisiva castigara tan indiscreta obstinación?

—Pretende haber ignorado que yo viviera con

mi padre — se decía la joven viuda; — pero, ¿es eso verosímil?, ¿es eso posible? Enamorado de mí, como lo estaba, ¿me hará creer que ha permanecido más de un año fuera de Francia sin pedir noticias mías á tantas personas como han podido suministrárselas? ¿Qué es, pues, lo que quiere? ¿Qué espera? ¿Me cree lo bastante inconsecuente para aceptar hoy lo que antes rechacé? La suposición sería bastante impertinente. Si abrigara la seguridad de que ese es su pensamiento, juro que habría de arrepentirse de haberme tratado como á una mujer sin carácter.

Para castigarle por lo que ella denominaba «encarnizamiento» de su exenamorado, la señora Caussade disponía del arma más eficaz que puede utilizar una mujer en casos semejantes. En uno de los increíbles combates que se relatan en un antiguo libro de leyendas el protagonista ase de una pierna á uno de sus adversarios y machaca y pulveriza á los restantes con aquella maza improvisada. En las manos de una cequeta, la personalidad del rival afortunado desempeña á veces el papel de maza mortífera. Tal fué el cargo á que Estela creyó conveniente elevar al señor Tonayrion, quien mejor que nadie parecía

destinado á llenarlo de modo perentorio y contundente.

Sonrisas amables, expresivas miradas, interpelaciones graciosas, confidentiales cuchicheos; en una palabra, cuantas pequeñas preferencias puede ostensiblemente conceder una mujer á un hombre para desesperar á otro, fueron prodigadas al señor Tonayrion durante el almuerzo y después de él. No satisfecha con tal crueldad y sin respetar la tregua que su padre había solicitado en favor de su huésped, la implacable viuda abrió al mismo tiempo contra éste uno de esos tiroteos de salón que no dejan á la desgraciada víctima de él más recurso que la fuga ó la rebelión.

Hubo, pues, durante varias horas fuego graneado de epigramas, de picantes alusiones, de acerbos bromas, que hacía más mortificantes el tono constantemente elegante é ingenioso con que se encubrían. No obstante el visible descontento del coronel y sus esfuerzos para hacer inofensiva la conversación, Estela trataba obstinadamente á ella el asunto más á propósito, en su creencia, para humillar á Servian. En sus labios, el enfático elogio de la valentía transformábase

en la agresión más personal para el hombre cogido por ella en flagrante delito de cobardía.

—Hay defectos que son acreedores á indulgencia—decía la viuda con acento de enérgica convicción.—Comprendo que se perdone á un hombre que sea irreflexivo, pródigo, arrebatado. La perfección no existe en el mundo y deben excusarse las debilidades cuando no entrañan nada vergonzoso; pero la cobardía es tan degradante, que su contacto mancha y tolerarla es envilecerse. Un disipador, un calavera, hasta un jugador, pueden enmendarse; un cobarde, ¡nunca!

En tanto que la señora Caussade desarrollaba esta severa opinión, á la que el brillo de su mirada, la altivez de su sonrisa y el vibrante timbre de su voz revestían con una especie de atractivo caballeresco, la fisonomía de sus oyentes ofrecía una variedad de expresiones tal, como pudiera haberla deseado un pintor encargado de trasladar la escena al lienzo.

Condolido de la humillación que su amigo debía de experimentar, el señor Herbelin tosía, se sonaba, limpiaba sus gafas, cambiaba de postura en el asiento; trataba, en una palabra, aun-

que sin resultado, de salvar las dificultades de la situación. Félix Cambier, con la mirada girando indecisa en todas direcciones y con la frente empapada en sudor, se encontraba aún más molesto que el coronel, porque cada palabra de la joven viuda mordía como un cáustico abrasador la herida ocasionada en su amor propio por el miedo que experimentara la noche anterior. El señor Tonayrion, por el contrario, se acariciaba con complacencia sus bigotes y erguía la cabeza más aún que de costumbre. Servian, finalmente, lejos de parecer desconcertado, como hubiera podido creerse, escuchaba con expresión tranquila y de vez en cuando sonreía con ironía un tanto melancólica.

—Parece que mis palabras hacen reír á usted —le dijo Estela bruscamente, fijando en él su mirada deslumbradora;—por lo visto, le parece muy ridículo que una mujer admire el valor y desprecie la cobardía.

—Eso, señora, me parece, por el contrario, muy natural—respondió Servian con entera sangre fría;—la mujer debe apreciar en el hombre las cualidades viriles; del mismo modo que nosotros, los hombres, admiramos con preferencia

en la mujer la dulzura, la reserva, la benevolencia; en una palabra, todas las virtudes amables é indulgentes.

Molesta por la lección encerrada en estas palabras, la señora Caussade volvió orgullosamente á un lado la cabeza y, dirigiéndose al señor Tonayrion, le dijo:

—Si se viera usted atacado por unos ladrones, ¿qué haría usted?

—Lo que he hecho en casos parecidos—respondió el guapo Raul, con una especie de heroica negligencia.

—¿Y qué fué lo que hizo usted?

—El primer caso—dijo Tonayrion,—ocurrió en París. Me retiraba á mi casa, á eso de las dos de la madrugada, y, por una casualidad que sería prolijo explicar, iba á pie. En la esquina de la calle de Chantereine, tres hombres se arrojaron sobre mí; por toda arma llevaba un bastón, de hierro por más señas. Me puse á la defensiva y empecé á describir un molinete digno de un maestro en esa clase de esgrima. Al medio minuto de practicar tan higiénico ejercicio, ví que uno de mis adversarios estaba tendido en medio de la calle y que otro se arrastraba arrimado á

las paredes; el tercero no ha dejado de correr todavía.

—¿Y el otro caso?—preguntó Estela, con muestras de vivo interés.

—El otro caso estuvo á punto de ser trágico para mí. No hace aún seis meses que ocurrió, durante mi estancia en África. A cierta distancia de Argel, una noche, al regresar de una cacería, me ví atacado por dos ferocísimos beduinos. Salí del paso con un balazo que me atravesó la ropa y un sablazo de yatagán en el brazo izquierdo.

—¿Y los beduinos?—dijo Félix, que escuchaba al narrador con admiración y envidia.

—No creo que desde aquella época á los buenos argelinos les haya dolido nada.

—Pero, ¿es que mató usted á los dos?—preguntó la señora Caussade.

—Por lo menos, me dieron derecho á creerlo; aunque mi escopeta sólo estaba cargada con perdigones, como nos encontramos de manos á boca y disparé á boca de jarro, mi doble disparo los derribó, á la izquierda uno de ellos y el otro á la derecha: la culata hizo lo demás.

—¿Y en ninguna de estas dos ocasiones experimentó usted sentimiento alguno de temor?—

replicó la joven viuda, cuyos ojos radiantes daban testimonio del placer que le causaban las proezas de su adorador.

—¡Temor, señora!—exclamó Tonayrion, lanzando una carcajada;—¿acaso se puede tener miedo?

—Algunas veces—observó el coronel Herbelin, con el propósito generoso de endulzar la tortura que, á su juicio, debía de experimentar Servian;—yo mismo, en mi carrera militar he experimentado en dos ó tres ocasiones una emoción que se asemejaba mucho al miedo; en Eylan, entre otras, en el momento en que, derribado de mi caballo, pasaba por encima de mí una división de coraceros rusos, tuve miedo de morir aplastado, positivamente miedo.

—¡Vamos, coronel!—exclamó Raul con risa incrédula.

—Usted no conoce la nueva manía de mi padre—dijo la joven viuda con burlona expresión;—por amor al prójimo quiere aparecer como un hombre desprovisto de valor; por desgracia, su reputación está ya formada y nadie le da crédito.

Servian estaba sentado al lado del señor Herbelin; la palabra «prójimo» se dirigía á él con

alusión tan transparente, que el coronel, no sabiendo cómo arrancar el aguijón de este nuevo sarcasmo, se levantó bruscamente para poner término á conversación, que tan poco hospitalarios matices iba tomando.

—Ya no llueve, señores—dijo aproximándose á la ventana;—vamos á dar una vuelta por la terraza.

Los tres huéspedes del señor Herbelin se levantaron á un tiempo mismo: la señora Caussade hizo otro tanto; pero, en vez de salir con ellos del salón, se sentó al piano. Al observar la expresión de vivo descontento impresa en las facciones de su padre, temió irritarle con exceso si continuaba acosando con sus ironías al hombre que había escogido como víctima. Concedió, pues, á éste una tregua, sin perjuicio de reanudar más adelante las hostilidades.

Servian, en apariencia al menos, había soportado con calma imperturbable el ataque de que acababa de ser objeto; Estela había agotado contra él un carcaj entero de ironías sin hacerle pestañear; sin embargo, las flechas lanzadas por la joven no habían sido inútiles. En un combate ocurre frecuentemente que falla un golpe dirigido

á un combatiente, pero, en cambio, hiere á otro de ellos. De igual manera, en aquellas circunstancias, Félix Cambier se vió atravesado de parte á parte por las flechas dirigidas á su tío. Celoso en extremo, como se es celoso á los diez y ocho años, el tímido adorador de la señora Caussade observó, no sin furioso despecho, las atenciones que ésta prodigara á Raul Tonayrion; y á esta herida en el corazón se unió otra no menos dolorosa inferida á su amor propio.

—Estoy seguro de que ella cree que he tenido miedo la noche pasada—pensó el alumno de Saint-Cyr, ruborizándose de vergüenza ante tal idea;—todas sus burlas respecto al escaso valor de algunos hombres se refieren á mi persona. ¡Por vida de!... Si supiera que me conceptúa cobarde, me saltaría la tapa de los sesos á sus pies, para demostrarle que tengo corazón.

Según respetuosa costumbre, propia de adolescentes, Félix Cambier no se atrevió á dar franca salida al resentimiento que le inspiraba la conducta de la señora de sus pensamientos; pero se mostró menos cohibido respecto de su afortunado rival, quien más de una vez le había hecho paladear las amarguras de los celos.

—Tío—dijo, llevando á un lado á Servian cuando hubieron descendido de la terraza;—¿no cree usted, como yo, que el tal señor Tonayrion abusa del permiso de ser fatuo, impertinente é insoportable?

Servian compartía la opinión de su sobrino; pero no se creyó obligado á expresar su conformidad con ella.

—El señor Tonayrion es un buen mozo—contestó—y tiene derecho á estar bastante satisfecho de sí mismo.

—¿Y á usted le parece buen mozo?—replicó Cambier, haciendo una mueca desdeñosa.—En ese caso, un tambor mayor debe parecerle guapísimo.

—¿Por lo visto, te desagrada mucho?

—Superlativamente; y confieso que experimentarí un placer singularísimo en darle una lección de urbanidad y de modestia.

—¡Tú, pobre Félix!—dijo Servian, contemplando á su sobrino con expresión un tanto burlona;—¡darle una lección, tú! Te aconsejo que para hacerlo esperes á crecer lo bastante para llegarle al hombro.

—Seis dedos más ó menos en nada afectan á

la cuestión—respondió el joven, ofendido;—sé perfectamente que no soy alto y que al salir de Saint-Cyr no entraré en la gendarmería; pero no olvide usted que David era pequeño también y mató á Goliath.

—Vamos, valiente David, no te enfades y á tu vez recuerda que Goliath mereció su desgracia por haber sido el provocador. Ahí viene nuestro filisteo; que sea fatuo ó no, deber tuyo es ser cortés. No olvides que las ridiculeces ajenas no excusan ni justifican nunca las propias.

Después de esta breve lección, que su parentesco autorizaba, Servian se asió familiarmente al brazo de Félix y esperaron al coronel, que se había rezagado con el señor Tonayrion.

En tanto que los cuatro se paseaban por la terraza, la señora Caussade se vengaba en el piano del escaso éxito de sus burlas y, á la vez que torturaba las teclas, recapacitaba sobre los medios de atravesar la armadura con que Servian parecía acorazarse.

—Su sangre fría no es más que cálculo—pensaba;—es imposible que haya llegado al estado de absoluta indiferencia. Cierto es que respecto de mí ha mostrado perfecto disimulo. Las pala-

bras más crueles resbalaban sobre él como sobre una estatua de bronce. En dos horas he sido más malévola de lo que sería lícito serlo en dos años: trabajo perdido. Le creería verdaderamente insensible, si las dos ó tres miradas que ha lanzado de reojo al señor Tonayrion no me ilustraran sobre lo que debo pensar de su insensibilidad. Quizás sea poco susceptible; pero lo que aseguro es que está celoso todavía: con eso basta.

Decidida á atormentar á su antiguo enamorado, parecióle á Estela que el medio mejor para lograr sus propósitos era proporcionar al elegante Raul la ocasión de alcanzar uno de esos triunfos aparentemente frívolos, pero que en realidad son eficaces para desesperar á un rival. Después de haber meditado sobre ello algún tiempo, se levantó, cogió la rosa más linda de un canastillo colocado sobre un aparador, abrió una de las ventanas correspondiente á la terraza y se asomó súbitamente, ofreciéndose radiante de coquetería á las miradas de los hombres que por ella paseaban.

Para desvanecer el disgusto que debió de producirle la conducta de la señora Caussade, el coronel se había asido al brazo de Servian y le

abrumaba á preguntas relacionadas con su reciente viaje á Italia. Algunos pasos detrás, Félix Cambier andaba en actitud melancólica, con la frente inclinada y con las manos en los bolsillos, actitud natural en todo joven enamorado; más allá, por último y soberbiamente aislado, Raul Tonayrion fumaba un cigarro y de vez en cuando lanzaba á sus compañeros una mirada desdeñosa, propia del hombre elegante que se encuentra rodeado de seres de condición inferior á la suya.

Al estrépito que produjo la ventana al abrirse, los cuatro paseantes levantaron la cabeza y se detuvieron al mismo tiempo. Estéla, apoyándose en la barandilla, les dirigió un saludo sonriente y mostró con gentil ademán la rosa que acababa de coger.

—¿Quién la quiere?—dijo, después de haber aspirado el perfume de la flor, como para aumentar su valía.

—Yo, señora—exclamó Félix, tendiendo hacia ella ambas manos con inocencia propia de un colegial.

—¿Cree usted que se la voy á echar?—replicó la joven burlonamente.—Me parece que los que



—¿Quién la quiere?

la quieran pueden tomarse la molestia de venir á buscarla.

Tonayrion y Félix se lanzaron á una vez hacia la escalinata que conducía desde la terraza al vestíbulo de que arrancaba la escalera del primer piso. Una carcajada de Estela los detuvo en su carrera.

—¿Por la escalera?—les dijo.—Pero, qué, ¿de veras van ustedes á subir por la escalera?

—¿Y por dónde quieres que suban?—refunfuó el coronel.

—Padre mío—respondió la señora Caussade, halagándole con la mirada;—á la edad que tienen estos señores, usted hubiera ya escalado la ventana, en vez de hacerme esa pregunta.

No hay ni ha existido viejo alguno que no se deje seducir por los elogios tributados á su preterita juventud.

—Después de todo—dijo el señor Herbelin,—el balcón apenas se encuentra á diez pies de la terraza; para mis cazadores hubiera sido un juego de niños subir á él. . .

No había terminado el coronel de hablar y ya Félix se lanzó al asalto de la pared; á pesar del vigor de su impulso, no pudo alcanzar la cornisa

en que el balcón descansaba y cayó pesadamente. Disgustado al verse colocado en el segundo término, Tonayrion, á su vez, saltó con toda la fuerza de sus corvas y no fué más afortunado que su predecesor. Los dos rivales repitieron diversas veces, pero sin éxito, este certamen de nueva especie que Estela animaba con la mirada y con la sonrisa.

—¿Y usted no se siente tentado á disputar la rosa?—preguntó el coronel á su amigo.

—Aún no he hecho los estudios necesarios bajo los auspicios de un acróbata—contestó Servian, en voz bastante alta para que Estela pudiera oírle.

La joven viuda se mordió los labios. Contando con la obcecación, que, según se dice, es compañera inseparable del amor, había proyectado poner en ridículo al cuadragenario, comprometiéndole á una de esas porfías en que sólo la juventud puede hacer papel airoso; pero la ironía con que Servian anuló la pérvida provocación tornó en despecho la diversión que se prometía.

Aguijoneados por la esperanza del triunfo, los dos concursantes redoblaban sus esfuerzos. Al verlos saltar alternativamente bajo el balcón, se

los hubiese creído picados por la tarántula y más de un bailarín profesional hubiera envidiado el vigor de sus arranques. Tonayrion, á quien la elevación de su estatura concedía señalada ventaja, fué el primero en asir la barra inferior del balcón; pero el filo del balaustre, al herirle en la mano, le hizo desasirse casi instantáneamente. El éxito parcial obtenido por su adversario, produjo en Félix más emoción de la que parecía corresponder á lucha tan pueril. Reuniendo todo el vigor de que le dotara la naturaleza, dió á la desesperada un salto y alcanzó el balcón á su vez.

Lejos de imitar entonces la conducta de su rival, Félix se aferró al florón de hierro, que le desgarraba las manos, con valor comparable al del joven espartano de la leyenda, cuyas entrañas devoraba una zorra sin que su rostro expresara la menor emoción. Encontrado el punto de apoyo, lo restante del escalamiento no era más que una futesa para un adolescente recién salido del más afamado gimnasio de París. En menos tiempo del que se invierte en decirlo, Cambier, elevándose á fuerza de muñeca, colocó los pies donde estaban situadas las manos y elevó

éstas hasta la barandilla del balcón, que salvó casi simultáneamente de un salto.

No le había pasado por la imaginación á la señora Caussade que otro que no fuese Raul Tonayrion pudiera merecer el premio. Para él había cogido la rosa; para él reservaba su más encantadora sonrisa; por él se había descalzado el guante al decidir coquetonamente dejarse besar la mano para contristar más á Servian. Al ver súbitamente ante sí al alumno de Saint-Cyr, quien, lejos de ofrecer la apostura gloriosa de un vencedor, parecía desazonado por su triunfo, dió dos pasos atrás con visible mal humor.

—Pero, qué, ¿es usted?—dijo secamente;—¿cómo se las ha arreglado para subir tan alto?

—He mirado á usted, señora—respondió Félix, elevando hacia ella una tímida mirada.

—Ahora, preciso es entregar á usted el premio—dijo Estela, cuya sonrisa sardónica ahogó súbitamente toda alegría en el corazón del joven vencedor.—Lo que siento es no poder ofrecer á usted, en lugar de esta flor, algunos libros bonitos como los que obtuvo usted el año último en los exámenes de retórica.

—¡Hace ya dos años que estudié la retórica.

señoral! ¡Ahora no soy colegial, soy soldado!

Al balbucir estas palabras, subrayadas con secreto enojo, Cambier tomó la rosa que le presentaba la señora Caussade é introdujo el tallo en el ojal de su americana, fingiendo un desembarazo que contrastaba con el rubor de sus mejillas.

Excepto Servian, cuya impasibilidad no se desmentía, y el coronel, que era ajeno á aquella escena, todos parecían estar igualmente descontentos de su desenlace. A los ojos de la mujer á quien se corteja no hay defecto pequeño, y así, á pesar de los esfuerzos de Tonayrion para aparecer sereno, su risa afectada dejaba adivinar que sufría en su amor propio de petimetre al verse eclipsado por un colegial. El vencedor, por su parte, no se sentía más satisfecho que el vencido, porque había hallado más espinas que pétalos en la rosa que su agilidad conquistara. Durante el concurso y á la vez que saltaba, Félix había imaginado un plan soberbio.

—Llegaré al balcón—pensó,—ella me sonreirá graciosamente y me ofrecerá la rosa; entonces me arrojaré á sus pies sin cortedad; al coger la flor, asiré la linda y blanca mano que la sustenta

y la besaré audazmente, como un verdadero soldado.

¡Ensueño encantador, pero falaz! En lugar del episodio tiernamente caballeresco que esperaba sumar á su victoria, Félix se había visto felicitado por sus éxitos retóricos. ¿No era aquello bastante para desolar un corazón de diez y ocho años?

Por lo que hacía á la señora Caussade, estaba descontenta de todos y de todo: descontenta de Servian, que no mostraba la cortesía de parecer desgraciado; descontenta de Félix, á quien calificaba de colegial indiscreto; descontenta de Tonayrion, que se había dejado vencer como un niño; descontenta de su padre... ¿por qué?

Se hubiera visto bastante apurada para decirlo; pero eso era lo de menos: estaba enfadada con él; descontenta de sí misma, finalmente, más que de todos los demás.

Cuando con motivo de algún frívolo incidente el universo entero inspira á una mujer tal antipatía, lícito es suponer que ese odio de ramas múltiples tiene el amor por raíz única y verdadera.